

LA PEPONA

Emilia Pardo Bazán

RENDIDOS de cansancio, pero con el corazón contento, regresaban Pablo y Rosario Hoces de su breve expedición al Pardo, donde habían merendado de lo que llevaban en una cestita pulcra, tendidos en un campo que olía a tomillo, seco y mullido como una alfombra. Si no fuese por la niña, que ya dos o tres veces había mostrado fatiga y sueño, les agradecería quedarse un poco más, hasta el anochecer, aprovechando la hermosa tarde de septiembre, aquel cielo de rosas, aquel vientecillo blando que movía apenas el follaje de los árboles. ¡Eran tan contadas las ocasiones en que podían solazarse! Sujetos al trabajo más asiduo en su modesto establecimiento de quincalla, que al principio apenas producía lo indispensable para vivir, y ahora comenzaba a acreditarse un poco en el barrio, marido y mujer no pensaban sino en impulsar aquella navecilla de su fortuna, exigua y ligera, que cualquier racha de viento pudiera sumergir. Había que atender mucho, atender sin descanso, a los pagos de géneros, a los vencimientos de letras, al cobro de facturas. Había que seguir privándose de un dependiente, actuar de dependientes ellos mismos. Había que pasar la existencia despachando paquetes de puntas, tubos de quinqués, vasos ordinarios, platos de hierro esmaltado, cerraduras baratas. Los domingos era preciso dedicarse a hacer balance, a poner en orden el almacén. La mujer faenaba lo mismo que el marido. Barría, colocaba, se subía a la escalera, bajando el género de los altos anaqueles. Y los dos compañeros luchaban, animosos, para dejarle a Ninita el bienestar, tal vez la riqueza... Al menos, lo soñaban así.

Era la pequeña lo que les sostenía en la lucha diaria, monótona y mezquina. Y habían llegado, no obstante, a cobrar ape-

go a su labor. Hablaban entre sí, con alusiones familiares, de las candilejas de hoja de lata, que dejaban de utilidad media peseta cada una, y de los alfileres de palo para las lavanderas, que no parecían nada y chorreaban quince céntimos por pieza. Tales menudencias eran más productivas que otras cosas importantes. Vender mucho de lo barato: el gran sistema. Y al volver del Pardo reían los cónyuges, confiándose estos secretos y declarando que se habían divertido mucho. Si no fuese que Ninita se quejaba, quería dormir...

Acariciaron a su nena, y en voz baja se comunicaron el motivo por el cual la criatura había estado de mal humor el día entero. ¡Son más pillos estos ángeles! Con el encapriche de llevar consigo a su muñeca, cosa que no le consintieron, se puso de hocicos y les dio jaqueca durante toda la expedición. ¿Cómo le habían de permitir cargar con aquella Pepona enorme, casi mayor que la chica? No sería mal engorro. Pero como no se le podía hacer comprender la razón a un personaje de dos años y medio, se resignaron a llevarla descontenta, preguntando siempre: «¿Cuándo volvemos a casa?», por la querencia de la figuraza coloradota, que sonreía de un modo bobalición...

—Ya te decía yo, Rosario, que no comprases semejante estfermo.

—¡Pero si la nena tenía tanta gana!

Ahora se trataba de volver a casita antes de que la noche cerrase del todo. Avanzaron marido y mujer hacia la carretera, en busca del tranvía. Pronto se oyó su trajín. Venía cargado de gentío, lleno como un huevo. Pablo hizo desesperadas señas para que se detuviese, y, por fin, compadecido, el conductor paró. Era la historia de todos los días: siempre quería meterse más gente de la que cabía, de la que estaba permitida; pero a él, ¿qué? ¡Allá se las arreglasen! Se las arreglaron embutiéndose como picadillo en tripa, apretándose unos contra otros, magullándose literalmente, con ese sordo gruñido de los que empiezan a asfixiarse. Pablo había tomado en brazos a Ninita, levantándola en alto a fin de que no la oprimiesen, y, al mismo tiempo, a fuer de buen español receloso tratando de amparar con su cuerpo el de Rosario, grata almohadilla que alguien podría aprovechar sin escrúpulo. Así cruzaron la distancia que separa al Pardo de San

Antonio de la Florida. Habían acordado bajarse y tomar otro tranvía, o mejor, si lo encontrasen, un simoncillo.

Cayeron entre una aglomeración de gente, esa turba que, en las tardes benignas del otoño, se agolpa donde hay puestos de buñuelos, merenderos, mesas al aire libre, rincones en que suena un organillo y el polvo se arremolina bajo los pies de los que danzan y arman gresca. No se podía dar un paso. Pablo, sudoroso y con el brazo dolorido, puso en el suelo a la niña, y le pareció que Rosario la tomaba de la mano, según costumbre.

No se sabe si por la textura del cerebro humano, por las interferencias que en él se producen, por la ley física que quiere que la atención no pueda sostenerse fijamente por tiempo indefinido, es lo cierto que todos encontramos en la historia de nuestro vivir ese momento de inexplicable descuido, esa distracción breve, pero fatal, que acarrea las desventuras. Bajarse andando del tranvía; no advertir que ronca detrás de nosotros un automóvil; resbalar maquinalmente en el primer peldaño de una escalera; pisar la cáscara de naranja que ocasiona la caída mortal... son cosas tan frecuentes, que no vale la pena de recordarlas ni de prodigar acerca de ellas los consejos del buen sentido: «¡Ojo!... No embobarse...» ¡Bah! El destino manda.

Así, cuando se trata de un niño, es unánime la opinión de que «no hay que perderles nunca de vista...» Y mayor cariño y mayor locura que tenían por su chiquitina Pablo y Rosario, no cabe. Se habla de los mercenarios, de su abandono. También los padres, un segundo, se olvidan, son vendados por la fatalidad. Rosario suponía que Pablo llevaba cogida a la pequeñuela. Pablo se figuraba que era Rosario quien desempeñaba este menester. Y la realidad fue que ni uno ni otro ampararon a la criatura. Iba sola, cada vez más perdida entre el oleaje de la muchedumbre, y con un principio de angustia y miedo repetía, pero en voz muy baja:

—¡Papá! ¡Mamá!

Unos brazos se tendieron hacia ella, y un mantón lanoso y oscuro la agasajó con rapidez. Un calor de seno halagó su cara. Una voz que quería ser dulce murmuró a su oído:

—No llores, rica.. Vamos a mamá...

La criatura guardó silencio. En volandas la llevaba la raptora. A poco pasó un coche, levantada la alquila. La mujer, cruzando más el mantón, de suerte que no se viese el bulto de lo robado, dio unas señas. Ni rastro quedaba ya del hecho.

Entre tanto, Rosario había comenzado a gritar, primero asustada, luego enloquecida. Pablo hendía la marejada del gentío, preguntando, implorando. Cundía la noticia: la niña de aquellos señores acababa de desaparecer. Pero debía de estar bien cerca; se la encontraría en seguida. ¿A ver? ¿Señas, detalles? ¿Pelo negrito, rizado, vestido de franela crema? Muchas decían haberla visto, sí, señor; hacía un instante; una nena preciosa... Un agente se acercó, llamó a otro, registraron, se acercaron a los merenderos, no fuera que se hubiese colado, por travesura, en alguno. Había anochecido por completo; las estrellas titilaban; el olor de las fritangas se percibía más fuerte y pegajoso; la gente empezaba a no hacer caso de aquel sucedido. La niña no aparecía. Pablo se abrazó a Rosario, y los dos rompieron a llorar.

* * *

Cansada y aturdida, la niña había acabado por dormirse, al cobijo del mantón y al traqueteo del carruaje. De él saltó la raptora cuando llegaban a una glorieta, de la cual partían calles solitarias, grises, escasamente alumbradas. Pagó la carrera, cuidando de no destapar a la criatura, y, después de que se hubo alejado la manuela, emprendió caminata por una de las calles, hasta dar en un suburbio pobre e infecto, de casuchas medio derrengadas, míseras, que iban a perderse entre desmontes y tejares, cercados de rotas y viejas vallas.

Llamó la mujer a la puerta de una vivienda mezquina, y salió a abrir un hombre alto, seco, que sobre una pelambreira fosca llevaba una montera de piel de conejo.

—¿No ties luz, *Pilongo*? —preguntó apresuradamente la mujer.

—¡No sé pa qué l'había e gastar! —contestó el hombre

Y cuando ella hubo echado una cerilla y prendido la mecha de la candileja apestosa, pudieron verse los ojos de vidrio cuajado del que no necesitaba luz.

Había desenvuelto su mantón la mujer, después de cerrar cuidadosamente la puerta, y la niña, sacudida, despertó, y alarmada rompió a llorar, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Opitas!

—¡Ahora, ahora vas a cenar tú, gloria! —exclamó la raptora con frase cariñosa, que contrastaba con lo áspero de la voz.

—¡Eh, *Roñosa*! —preguntó el ciego—. ¿Qué es eso? ¿Te has traído a un chiquitín? ¿Y si se descubre? Y los padres, infelices, ¿cómo estarán?

—Cállate, panoli... Hace un momento, en San Antonio... Es una chiquilla como una maceta de claveles... Sus padres la perdieron. Pero la andarán buscando, y si no ties ganas de que nos pongan a la sombra, mañana tomamos el tren pa Toledo. Allí, con esta mocosa, se vivirá. Va mucho extranjero, y a la puerta de la catedral caen buenas limosnas. Ya conoces aquello, ¿no verda?

—Pues arréglalo tú, *Roñosa* —articuló el ciego—. A mí no me gustan estos líos. Y ahora, espabílate, arria la cena. Me paece que demasiá pacencia he tenío. Dende las doce del día...

—¡Andá, y hasta he tomao una manuela pa llegar por los aires!

—¡Avisaré a la parroquia, porque estás de muerte! —fue el comentario del *Pilongo* al despilfarro de su avara compañera.

Ésta retiró de un anafre una cazuela de sopas de ajo, y presentó su ración al ciego, que empezó a devorarla. Luego se sirvió a sí misma, con furia de apetito. Y ya por último, en un plato, ofreció a la niña, que seguía llorando y llamando a su madre, una ración de sopas.

—¡Aba! —gimió la pequeña.

Y de un cántaro desportillado le dieron un sorbo de agua fresca. Apenas hubo cenado, sobre la mesa cayó con el sueño de su inocencia angelical. La *Roñosa* le improvisó una cama con su mantón y unos trapos, y a poco dormía como una bienaventurada. Antes de apagar la ruin candileja, preguntó a su compañera el *Pilongo*:

—Oye, guasona..., ¿y los muebles? ¿Cómo nos los llevamos a Toledo?

Los que el ciego llamaba muebles eran una silla de paja medio desfondada, un cajón boca abajo, la mesa mugrienta, una o

dos cazuelas vetustas, un camastro fementido y una guitarra con que el ciego se acompañaba al carraspear sus coplas.

—No pases cuidiao —repuso la mujer—. La Nicasia quedará encargá de venderlo por tanto más cuanto. Hijo, no se pue hacer otra cosa. En Toledo nos acomodaremos en la posá. Aluego ya pensaremos otro apaño.

—¿Y esta renacuaja cómo se llama?

—Yo qué sé. La diremos Aparecía.

Calló el hombre, y al poco tiempo, roncó. Por la mañana, la mujer tomó unas tijeras y cortó los rizos de Ninita para desfigurarla. Cubrió la cabeza motilona con un pañuelo agujereado, después de desnudar a la niña de sus ropitas lindas y aseadas, vistiéndola con un delantal grosero, que arregló a su cuerpo en dos tijeretazos y cuatro puntadas. Era la *Roñosa* mujer dispuesta, y tenía entre los pobretes de la barriada fama de rica. Se suurraba que prestaba dinero a interés, y que «no la ahorcaban» por dos mil pesetas. Fuese o no cierto, vivía con la mayor estrechez y casi miseria, y a cada momento se enredaban ella y el *Pilongo* en rifirrafes, porque la *Roñosa* rehusaba al ciego su ración de vino, el único placer de su vida. No era el *Pilongo* más que un mendigo; la *Roñosa* hacía a pluma y a pelo. Unas veces pedía limosna, otras vendía décimos, alguna asistía en casas de gente modestísima a enfermedades y partos. Con todo esto sudaba mucho y ganaba poco. Su ensueño era la tiendecita lucrativa, el cuerpo descansado. De tiempo atrás venía insinuando la necesidad de adjuntarse un niño bonito que atrajese la limosna. Y realizado el plan, casi sin pensarlo, ahora sólo anhelaba esconder su presa. Iban a empezar las investigaciones de la Policía, y si averiguaban que aquellos mendigos sin hijos tenían ahora una chiquilla caída del cielo, ¡no me diga usted más! A medida que pasaban horas, la *Roñosa* sentía mayor inquietud. Para luego era tarde. Al tren, al tren, antes de que las curiosas comadres del vecindario pudiesen ver a la Aparecía.

—¡Pobre de ti como llores! —decía la *Roñosa* a Ninita al tomarla de la mano para echar a andar, camino de la estación—. ¡Te rajo de la boca al ombligo!

—Oyes, tú —intervino el ciego—: yo cargo con la chiquilla, porque si no no es capaz de seguir nuestro andar.

Y la alzó en sus brazos robustos. Por primera vez desde la víspera, la nena sonrió. Sus manos gordezuelas se agarraron al pelo crespo que asomaba bajo la montera peluda, y tiraron de él con fruición. Después gorjeó mimosamente:

—¡Papaa!

—¡Corcio, lástima no verla! —murmuró el ciego.

Y luego añadió:

—¡No tengas miedo tú, rica! No te caerás.

La apretó al hombro cariñosamente. La mujer frunció el ceño. Era recelosa, suspicaz, tiránica. Lo que la rodeaba lo consideraba cosa suya. Sentía, como se siente el temple del aire, que el *Pilongo*, en el fondo, la aborrecía por mil causas; porque ella tenía vista y él no; porque ella escondía probablemente un tesoro, del cual él no podía ni enterarse; sobre todo, porque le taba los buenos bocados de guisado de falda y le contentaba con sopas o patatas viudas, mientras ella, allá por fuera, sabe Dios qué regodeos se atizaba y si bebería del vino que le negaba a él; y, en fin, porque ella era inteligente y fuerte y capaz de todo, como lo había sido del rapto de la chiquilla, y el cegacho no servía sino para berrear coplas. Y al comprender la mala voluntad que instintivamente la profesaba el compañero de su trabajosa vida, también las malas semillas de los sentimientos protervos germinaban en el alma de la hembra fea y laboriosa, convencida de su superioridad, empapada de desprecio hacia los «holgazanes». En estas disposiciones de ánimo se metieron en un vagón de tercera, cautelosamente, los actuales árbitros de Ninita; y a las cuarenta y ocho horas, el ciego y la pequeña se acurrucaban en el rincón de una portada maravillosa, encaje de piedra, orgullo de la catedral. La niña sostenía una hortera, que dejaba caer a menudo; el hombre rezaba y cantaba, alternativamente.

* * *

Y en tanto, los padres de Ninita agotaban todos los medios de buscarla, de esclarecer el misterio de su desaparición. La Policía había sido avisada, y al principio hizo algunas gestiones. No estaba entonces la Policía tan bien organizada como ahora; en estos últimos años, la ciencia y el arte policiacos han ade-

lantado bastante, o, por lo menos, han adquirido intensidad, y la Prensa y el público ayudan al esclarecimiento de los asuntos, aun cuando a veces contribuyan a embrollarlos con hipótesis infundadas y falsas pistas. Siempre la Prensa es la que mantiene vivo el interés por el descubrimiento de ciertos delitos y crímenes; de otro modo se olvidarían al día siguiente de cometidos. Hace unos veintitantos años, cuando la Ninita fue agasajada en el mantón de la *Roñosa*, quedaban impunes muchos más crímenes que ahora. Es decir, la palabra exacta no es «impunes». La impunidad es mayor ahora seguramente, por la leñidad de jurados y tribunales; pero antes era menos activa la indagación.

Y el rapto de la Ninita, ni aun delito fue considerado. Tal hipótesis no llegó a plantearse. Ni aun los mismos padres, en su desesperación, la formularon. Al menos, no supusieron que la pequeñuela hubiese sido sustraída con fin alguno. Tampoco la Policía apreció tal suposición. Otras explicaciones les parecieron más verosímiles. La niña pudo haber sido atropellada por un coche, recogida por algún sujeto que le tomase cariño y la guardase, escondiéndola. Como se ve, esta conjetura no carecía de un fondo de verdad. También podían haberla sustraído gitanos, y llevársela consigo. Se hicieron pesquisas por si aparecía su cadáver en alguna parte. De la pareja de mendigos, nadie sospechó; ¿iban a sospechar de tanto hampón como Madrid encierra? Ni aun la idea de registrar las cuevas y chozas de los tejares cruzó por la imaginación de los policías.

No obstante, terrible sospecha de Pablo le impulsó a pedir que se visitasen las guaridas del vicio. Fue inútil: a la niña parecía habérsela tragado la tierra.

Y a los ocho días de indagatoria, y a pesar de los ardientes ruegos de Pablo, la Policía se cansó y dio por cosa hecha que la niña se hubiese evaporado. Quedaron los padres a vueltas con su pena infinita, en su modesta vivienda, donde a veces resonaban chillidos agudos de Rosario, presa de violentas crisis nerviosas. Ante el estado de la madre, el padre acabó por dominarse y aparecer más tranquilo, exhortando a su mujer a la resignación. Dios había querido quitarles su bien; pero se lo devolvería, porque Ninita no había muerto; si fuese así, se hubiese encontrado

su cuerpo en un sitio o en otro; al no parecer, señal de que vivía la criatura. Era fácil que un día les pidiesen por ella un rescate. No eran millonarios; pero a fuerza de economía habían logrado reunir unas tres mil pesetas. Las darían gustosísimos. ¡Todo cuanto tuviesen para recobrar a la nenita! Si era preciso, se venderían por esclavos... Nadie se presentó a proponer el trato, como nadie escribió la carta amenazadora que como una dicha esperaban. Y fue deslizándose el tiempo. Pablo dijo una mañana a su mujer:

—Mira, Rosario: van ya cuatro meses que nos falta Ninita. Como no hemos pensado en otra cosa, la tienda está descuidada. Se vende poco, y, con el aquel de conservar el dinero por si había que rescatar a la niña, no hemos hecho encargo de género. No podemos seguir así. Hay que dominarse y volver a trabajar. Hasta será para ti una distracción, hija mía. Conque, ánimo, y a ello.

—¡Pero dame palabra de que por eso no dejaremos de pensar en Ninita!

—Te lo prometo. Los domingos haremos investigaciones por nuestra cuenta. En la Delegación dicen que ya no pueden buscar más.

—¡En la Delegación no buscan a una hija! —contestó, desahuciándose en lágrimas, Rosario.

Abatidos y doloridos, volvieron a intensificar su faena los esposos. Tal es la virtud saneadora de la actividad, que los ataques nerviosos fueron haciéndose menos frecuentes en Rosario, y, por último, desaparecieron; el almacén volvió a prosperar, y en los anaqueles se alineó, bien colocado, el género. Las simpatías creadas por la compasión contribuyeron a atraer a los parroquianos en mayor número. Todos se interesaban por Ninita. Todos auguraban que parecería... No podía ser otra cosa...

Los domingos, los padres visitaban las casas de empeño. Buscaban la ropa de la criatura. Mas la *Roñosa* era mujer sobrado hábil para haber dejado en pos de sí rastro tal. La ropita de la pequeña, bien empaquetada, había ido a Toledo, y la raptora, a pesar de su sórdida avaricia, no quiso ni venderla ni pignorarla. Con una tijera la picó menudísimamente, y arrojó al Tajo, en varias tardes, los fragmentos.

Ni las visitas a las casas de empeño, ni el incesante inquirir en los merenderos próximos a San Antonio de la Florida, ni otras averiguaciones pacientes, consiguieron arrojar la menor luz sobre la misteriosa desaparición. Rosario, al cabo, renunció; pero los domingos se quedaba en casa, sacando del armario las demás prendas del guardarropa de su hija, arreglándolas por centésima vez besándolas, llorando sobre algunas que evocaban recuerdos más punzadores y de mayor ternura. Los juguetillos rotos también fueron religiosamente recogidos, y colocada otra vez en su caja de cartón, sobre los arrugados papeles color rosa, la Pepona, la muñecaza de bobalicón sonreír y ojos azules cual los de un pez tonto. La madre, con el corazón más oprimido que de costumbre recordaba que aquella gran mancha negra visible en la faz de la Pepona y que cogía uno de sus abermellonados carrillos era testimonio de una diablura de la nena. Acercándose al escritorio de su padre solapadamente había metido un pincel de rotular en el tintero y con él embadurnado la enorme cara. Rosario, enojada la había reñido mucho y hasta hecho ademán de alzar las falditas para aplicar un correctivo de vapuleo. La intervención de Pablo cogiendo en brazos a la pequeña que de puro asustada ni podía llorar y cubriéndola de apasionados besos puso término a la escena. ¡Cómo sentía ahora Rosario dentro de su herido corazón aquel conato de dureza! El remordimiento la hacía sollozar... ¡Y Ninita adoraba en su Pepona! Había querido la tarde fatal llevarla consigo...

En una de estas horas de evocaciones entró precipitadamente Pablo; en su semblante se leía una satisfacción intensa.

—Qué, ¿sabes algo? —interrogó Rosario.

—Nada de la chiquilla... Es otra cosa mujer... En el mundo hay más... Garriga el lonjista de la calle de Preciados ¡ya le conoces!, que a veces se sienta en mi mesa del café Oriental hoy me ha convidado y me ha ofrecido tomar parte en nuestro comercio porque dice quiere colocar unos fondos en manos honradas y que los sepan hacer valer. Quiere que extendamos el negocio que lo llevemos a una calle más concurrida, que tomemos una tienda espaciosa para traer por junto el género, que es ganancia, y empieza aportando cincuenta mil pesetas para este cambio y estas mejoras. ¿Qué dices Rosario?

—Que me alegro, Pablo... ¿Y sabes por qué? No es por nada..., sino que se me figura...

* * *

Lo que se le figuraba a Rosario fue motivo para que los esposos se abrazasen estrechamente. Y lo que se le figuraba a Rosario dentro de un par de meses se confirmó, tan plenamente como pueden confirmarse estas cosas. Y se consolidó el trato entre Garriga el rico lonjista y Pablo Hoces el modesto ferretero y quincallero. La tiendecilla de tercer orden pasó a ocupar un local ancho y cómodo; encima, un pisito sirvió de vivienda al matrimonio. Pintáronse de claro y alegre color las maderas y anaqueles, y fueron admitidos dos dependientes: uno para despachar; otro de unos catorce años para barrer y llevar a casa de los parroquianos el género. Rosario no volvió a bajar a la tienda. Todo este nuevo arreglo fue consejo de Garriga, hombre tosco, franco y, al mismo tiempo, sagacísimo para lo comercial.

—Conviene —opinó— el local amplio y lucido para evitar tener que mudarse otra vez dentro de cinco o seis años, hombre. Las mudanzas despistan a los parroquianos y siempre les parece mejor lo que conocen ya. ¡Y hay que ensanchar la esfera de los negocios, sin miedo! Usted vendía pocas cosas y con timidez. La gente cuando va por un paquete de clavos, quiere el de tornillos, quiere la aldaba, la sartén, la plancha de vapor, y luego el brasero y el hornillo ¡y el demonio! Que no nos falte ningún artículo. Ahí tengo veinticinco mil pesetas más para lo que sea.

Los hechos dieron la razón a aquel brutote tan inteligente en hacer sudar a las pesetas. Al medio año, el nuevo establecimiento realizaba ventas por fuertes sumas y el primer surtido casi estaba agotado. Las cuentas del semestre eran lisonjeras. Y cuando Pablo, ante una mesa del café Oriental conferenciaba con Garriga sobre planes para que el otro semestre fuese superior al primero, el mozo que habitualmente los servía se le acercó.

—Hay ahí —le dijo— uno que pregunta por usted...

—Que se llegue...

Era Casiano, el recaderillo de la tienda, sofocado de correr.

—Don Pablo... Don Pablo... Es doña Rosario, que está mal y quiere que vaya usted de seguía.

El anuncio, en vez de asustarle, hizo sonreír de gozo al ferrero. Volviéndose hacia Garriga, murmuró:

—Vamos, llega lo que se esperaba...

Y después de breve pausa, con cierta indecisión, rogó en tono sumiso:

—Si usted quisiera..., ¡podía apadrinar lo que viniese!

Garriga puso cara satisfecha y amistosa. Era hombre espléndido, amigo de «quedar bien» como el que más, y, por otra parte, sentía hacia Pablo gran simpatía y se hallaba convencido de que su inteligencia y actividad le harían realizar negocios cada vez mejores. No empezaba mal, y un bonito pico había ingresado ya en la cuenta corriente del socio capitalista. Dio a Hoces una palmada en el hombro, que por poco se lo derrenga, y contestó:

—¡Pues no faltaba! Me incomodaría si usted no me lo dice. ¡Yo soy el padrino, caray, y caray, y hemos de correr una juerga súper el día del bautizo!

Cuando este día llegó, Garriga, en efecto, echó la casa por la ventana. Hizo a su comadre el obsequio de un primoroso relojillo de pulsera; en la parroquia, pagó todo chorreando, encargó en los Viveros un almuerzo estupendo, y quiso que a la neófita se le pusiese el nombre de Paloma, que era el de su esposa difunta. Tal recuerdo no impidió al viudo, cuarentón todavía, recio y sanote, bromear y hasta marcarse un chotis con las lindas muchachas invitadas a la fiesta. Estas fiestas de la clase media casi acomodada, pero que ocupa peldaños no elevados de la escala social, son quizás las únicas donde reina verdadera alegría. Van los que a ellas asisten resueltos a pasarlo bien, a aprovechar la hora venturosa, que pocas veces se presenta en vidas generalmente limitadas por el trabajo y la necesidad de atender al sustento y a los problemas de presupuestos angustiadísimos. Entre la concurrencia al almuerzo, Garriga, el rumboso padrino, y Pablo, el dichoso padre, eran de los pocos que tenían seguro el día de mañana. Los demás —modestos empleadillos, compañeros de mesa y de dominó en el café Oriental, parentela de la esposa de Ga-

rriga, dependientes de la ferretería y de la lonja— procuraban hartarse de langostinos y manzanilla, porque al día siguiente se conformarían con los «grabieles». Devoraban, reñan, alborotaban incesantemente, y ante el pavo trufado, el jamón en dulce y los huevos hilados, surgió una ovación clamorosa. Así que terminaron café y licores de mil clases y el organillo convidó a brincar, Pablo empezó a mostrarse inquieto y deseoso de abandonar la bulliciosa reunión. En un aparte se lo dijo a Garriga, que, con voz gruesa y algo ronca por las libaciones, aprobó.

—Está allí sola. Se estará consumiendo por verme...

—Vamos, compadre, a mí no me la da usted... Usted es quien se consume por ver a mi comadre y a mi ahijada. Ya somos perros viejos y conocemos el mundo... Coja un simón, que está a la puerta, y vaya corriendo. Si le queda tiempo, a las ocho de la noche nos encuentra aquí mismo. De aquí no se me va nadie, menos usted, sin tomar las fresas de la merienda y las rodajas de salchichón. ¡Ah! Cargue con esa botellita de jerez añejo. No le vendrá mal a la parida, que necesita fuerzas...

Pablo salió escapado. No veía el instante de llegar a su casa. Y su casa no era ya aquella misma de un principio, tristonja y estrecha; era un piso cómodo, con muebles decorosos, con sillaría nueva de reps en la sala, con aparador lucido de falsa caoba en el comedor. Todo tenía ese aspecto íntimo y confortable de los hogares felices, donde se vive en armonía y se ahorra sin mezquindad. Corrió Pablo a la alcoba. Había una asistenta guardando a la Rosario; las maderas estaban entornadas; olía a espliego, y al pie del lecho se divisaba la blanca cunita, y una faz roja descansando en la almohada, a la sombra del pabellón de muselina. Iba Pablo a precipitarse, pero la asistenta y Rosario le hicieron seña de que no despertase a la recién nacida. Entonces Pablo se arrimó a la cama de su mujer, y sentándose en una silla baja y en voz queda, entabló la conversación:

—Todo magnífico... Se ha gastado un dineral. Más de sesenta personas convidadas. Allá quedan, como locos. ¿Y tú? ¿Tienes ganas de un caldito?

—Acaba de dármele la Daniela —contestó Rosario, señalando a la mujer que la asistía.

—¿Te ha sentado bien?

—Divinamente.

—¿Ha mamado la niña?

—¡Vaya! Como una fiera...

—¡Qué hermosa es! ¿Verdad que es hermosísima?

—Sí... —murmuró la madre de un modo reticente—. Sí, hermosa es mucho... ¡Pero aquélla, Pablo! ¡Aquélla! ¿Te acuerdas qué piernecitas, qué hoyos en la cara y en las manos? ¡Qué pelo tan divino! ¡Ay! ¡Dónde estará nuestra pobre criatura! ¡Qué desgraciados somos!

Pablo se levantó a medias y se inclinó hacia Rosario, consolándola con una caricia.

—No seas ingrata con Dios —balbució—. Nos ha enviado a ésta, y la cuidaremos mejor, para que nadie nos la quite. ¿Crees tú que he olvidado a la otra? ¡Pero no hay sino conformarse!

* * *

Y allá en Toledo, en el rincón del pórtico, las espaldas de Ninita iban como moldeándose en la piedra, pues pasaba allí, en compañía del *Pilongo*, largas mañanas y no breves tardes. Con la fácil adaptación de la infancia, se moldeaba también su espíritu. Ahora, quien sostenía la hortera del ciego y la presentaba a las almas caritativas era un perrillo de lanas blanco, que parecía bordado en cañamazo, y cuyas afeitadas nalgas semejaban de raso rosa. Se llamaba *Peral*, en homenaje a un entusiasmo popular efímero. El grupo era interesante y atraía la limosna.

La niña empezaba a salir de los limbos de la infancia inconsciente y a darse cierta cuenta de lo que la rodeaba. Una serie de confusas impresiones, que no podían llamarse ni recuerdos, flotaba a veces en su magín; pero nada concreto surgía de aquella especie de fantasmagoría del pasado. Había cambiado ya bastante desde la hora en que la *Roñosa* la cobijó en su mantón para robarla; sus formas se prolongaban, como anuncio de adolescencia; su pelo ya no era rizado, sino solamente algo ondulado, y lo llevaba recogido en popular rodete; su tez presentaba el viso

bazo y moreno que dan el aire y el sol; sus ojos negros eran tristes y recelosos. Dijérase que siempre percibía un peligro en el aire. Y esa hosquedad procedía del desamor áspero y hostigante de la *Roñosa*, a la cual, por certero instinto, no creía su madre, ya desde temprano. Al correr el tiempo lo consideró seguro. No era su madre. La *Roñosa*, con la edad, en vez de adquirir indulgencia, se endureció, y fue más malévola, más viciosa. Inteligente y suspicaz, comprendía que la niña no le profesaba el menor cariño. Y había otra cosa que no podía perdonar aquella mujer: que, en cambio, quisiese bien Aparecía al ciego. Era el ciego tosco y borrachín, pero no maligno. A la niña, a su manera, la adoraba. Por su parte, la niña sabía muy bien traerle, a escondidas de la *Roñosa* y con el producto de la limosna, la botellita de vino. No sabiendo cómo demostrar a Aparecía su gratitud, el ciego la ofrecía siempre un vaso que ella rehusaba. Poco tiempo tardó la *Roñosa* en enterarse de este manejo. Era demasiado lista para que la pudiesen engañar. Un día, por primera vez, la niña se vio abofeteada cruelmente. A los quejidos de la víctima, el *Pilongo*, con disimulo, requirió su garrote; cauteloso, guiado por la voz, se acercó al grupo, y, cogiendo por un brazo a la *Roñosa*, con el otro le asestó bárbaros golpes en las costillas. Cayó la mujer desvanecida de dolor, y el ciego cogió en brazos a la niña, consolándola.

—No te vuelven a dar así. No tengas miedo. Aquí estamos...

Era de presumir que cuando la *Roñosa* recobrase el sentido, se abalanzara a los dos, deseosa de venganza. No lo hizo. Guardó el rencor en el pecho. Exhalando ayes lastimeros, se acostó, y llamando a la niña, la envió a la botica por árnica. El ciego murmuraba para su sayo:

—¡Corcio, a estas brujas, abrigos de señora! ¡Una felpa! ¡Y si es poco, la rompo un zanco!

Lejos estaba Aparecía de compartir las convicciones de *Pilongo*. El miedo que antes le inspiraba la *Roñosa* era ahora terror profundo. Sabía que estas cosas siempre paran en mal. La vida callejera, su única escuela, la había enseñado lo que el bosque enseña al salvaje: la desconfianza y la precaución, amén de muchas tristes cosas que ya le ensombrecían el alma. Aquel miedo difuso que le infundía la *Roñosa*, cada año iba concentrándose,

tomando caracteres de obsesión. Y, en medio de este estado de ánimo, surgían otras ideas, otras curiosidades vivaces, otras angustiosas dudas. Para salir de ellas, la muchacha vivía en acecho continuo. En todo lo posible, seguía los pasos a la *Roñosa*. Dentro de casa no la perdía de vista. Por la calle, cuando podía dejar al ciego al cuidado de *Peral*, también atisbaba.

Las sospechas tomaban cuerpo. ¿En qué enredos andaba metida la *Roñosa*? Asistía en algunas casas, principalmente en la del canónigo don Blas Lomillo, uno de los eclesiásticos más considerados y de más holgada posición de Toledo. Y la niña notó que muchas veces, a boca de noche, la *Roñosa* volvía con algo que abultaba bajo el mandil. La mocita comprendió perfectamente: la *Roñosa* se dedicaba al hurto, oficio peligroso que la conduciría a la cárcel. La *Aparecía* llevaba en la masa de la sangre las nociones de legalismo, la repugnancia al robo, que caracteriza a los comerciantes honrados. Bien sabía que la *Roñosa* era una mala pieza, avarienta, dura y cruel; pero no imaginaba que llegase a tal extremo. Pronto, sin embargo, observó cosas que podrían ser doblemente arriesgadas. Cuando las notó, *Aparecía* era ya una mujercita: se acercaba a los veinte años.

No lejos de la morada de los dos mendigos existía una anti-gua taberna, donde solía reunirse gente maleante, y a la cual más de una vez quiso la *Roñosa* llevar a la niña, que lo repugnaba, porque las soeces mujeres que concurrían al establecimiento decían cosas sonrojadoras, y proponían otras más vergonzosas aún. Con todo eso, *Aparecía* resolvió frecuentar el antro, a fin de observar con quién se juntaba la *Roñosa*. Poco tardó en notar los secretos cuchicheos de la mujer con un licenciado de presidio, apodado el *Negruzo*. Era un mocetón recio, y le temblaban los demás concurrentes porque le sobran puños y no le faltaba navaja en cinto.

Observó la niña que en sus coloquios la *Roñosa* y el *Negruzo* aludían frecuentemente al *Pilongo*, y siempre en tono de sarcasmo y desprecio. Palabras equívocas, en las cuales parecía ir envuelta una amenaza reticente, alternaban con carcajadas insultantes. La niña adivinó un oscuro peligro. Demasiado sabía que la *Roñosa* no había perdonado todavía aquellos garrotazos feroces. No; no se los había perdonado, ni al ciego ni a la *Aparecía*.

El *Negruzo* se hizo por entonces amigo íntimo del *Pilongo*. Le convidó a la taberna y halagó su afición al morapio, tan reprimida por la *Roñosa*. Poco a poco fue estableciéndose la costumbre de que, al salir del antro, acompañase al *Pilongo* el presidiario y le sirviese de lazarillo. Además, el ciego salía medio chispo o chispo del todo, y cada día las libaciones eran más prolongadas y numerosas. Un recelo indefinible se apoderó de la muchacha. Alguna vez siguió a cierta distancia, recatándose, al grupo.

Una noche, en lugar de dirigirse a la casucha de la *Roñosa*, que allí debía esperarles, el *Negruzo* guió por la orilla del Tajo, donde un derrumbadero no tenía otro margen sino los viejos edificios que forman como angosta calle de una sola hilera de casas. El ciego tanteaba con su palo, y el presidiario le guiaba con la voz. La muchacha, sin miedo, avanzó hacia los dos hombres. Hay corazonadas misteriosas. Era clara en la niña la percepción de que lo irreparable iba a suceder: el *Pilongo* estaba ebrio, y sus piernas describían eses complicadas; nada más fácil que hacerle despeñarse, de la formidable altura, a las aguas profundas del río. Y, en efecto el *Negruzo* alzaba ya el brazo para el empujón, después de mandar «a la derecha», cuando la Aparecía, resueltamente, se cruzó entre el abismo y el ciego, y gritó con su voz bien timbrada, sonora:

—¡A la izquierda, tío *Pilongo*! ¡A la izquierda! ¡Déme la mano!

El presidiario masculló una blasfemia. ¿De dónde salía aquella mocosa? El primer impulso, en su alma salvaje —de hombre que ha cometido dos homicidios, que no pudieron probarse completamente—, fue hacer con la niña lo que no había podido hacer con el viejo; darle un empellón y enviarla a rodar al fondo del Tajo. Pero no le convenía, y se contuvo. La Aparecía, valerosa, lo miraba frente a frente, desafiándole.

—Tome mi mano, tío —dijo al ciego—. A ver, así... A la izquierda siempre... Ahora, a la derecha... Ea, ya estamos caminando de casa...

* * *

Si la universidad de la calle, de la pobreza, del duro trato, no hubiesen enseñado tanto a la muchacha, parecería increíble la

penetración y astucia que desplegó en aquel momento. Después de dejar en salvo al *Pilongo*, viendo que aún no había regresado al domicilio común la *Roñosa*, quiso saber lo que aquello significaba.

Se envolvió en su mantón y fue a apostarse cerca de la puerta del tabernáculo. No la engañaba su instinto. No tardó en ver a una mujer y un hombre que salían juntos y hablando con animación. Eran el presidiario y la *Roñosa* que parecían discutir acaloradamente algo de mucho interés. La muchacha les siguió. Sólo frases truncadas podía oír; pero para ella tenían sentido. Se trataba de algo que debían realizar pronto los dos cómplices —este nombre ya podía dárselos.

La niña comprendió. Por otra parte, el recelo ya había surgido en ella. La *Roñosa* trataba de aprovechar el conocimiento que tenía de la casa del canónigo Lomillo para dar en ella un golpe maestro, sustrayendo al eclesiástico sus economías, que, según fama, conservaba en su propio domicilio. La *Roñosa* estaba enterada: en el dormitorio del canónigo existía cierto mueble al cual no consentía su dueño que se acercase nadie, precaución que era el colmo de la imprudencia.

Gracias a las vueltas y recovecos de las pintorescas calles toledanas, la muchacha espiaba sin peligro. Y aunque casi adivinaba, no conseguía ver claramente en las sombras del delito proyectado.

¿Qué le importaba, por otra parte? No necesitaba tanta información. Bastábale con saber que la *Roñosa*, descendiendo los peldaños de su inclinación al mal, iba ya a cometer una acción decisiva. Allá ella, si quería parar en presidio o sabe Dios. Pero la *Aparecía* quería salvarse y salvar al mísero ciego, incapaz de robar valor de un ochavo.

«Hay que hacer algo —pensó la niña—; hay que hacer algo... No sé qué... Lo pensaré esta noche...»

Dando vueltas en su cama, aguardó el amanecer. La *Roñosa* había madrugado; calentó el café para ella, las sopas de ajo para el ciego y la muchacha —siempre se trataba mejor de lo que trataba a los suyos—, y salió, muy rebozada en su tradicional mantón, bajo el cual llevaba grueso toquillón de estambre; la mañana era glacial.

Apenas se vio libre la Aparecía, se apresuró a hablar confidencialmente con el ciego. Los vapores del vino de la víspera se habían disipado ya, y el mendigo no era tan lerdo que tardase en comprender. En medio de su beodez, la noche anterior había percibido confusamente que le preparaban una asechanza. Por otra parte, no dudaba de las intenciones perras de la *Roñosa*, y le alarmaba su sospechosa intimidad con el *Negruzo*. A las primeras palabras de la niña, se dio cuenta de todo. Su cólera fue como una tempestad. Quería nada menos que ahogar a la tunanta en cuanto volviese. La niña le calmó, y le sugirió otra idea, que el ciego acabó por aceptar. Se irían a Madrid los dos aquella misma mañana, en el tren de las doce, ¡y que les echasen un galgo! La *Roñosa*, ocupada en asistir en casa del canónigo, no volvería hasta el anochecer. La Aparecía llevaría un hatillo con la pequeñez de su ropa; el ciego, su guitarra, y cargarían con *Peral*... Es decir, el ciego algo más pensaba llevarse. Debajo de un ladrillo tenía ciertas economías la *Roñosa*. De este tesoro, la mitad, lo menos, provenía de la limosna recogida. A tientas, en un momento en que salió la niña, el *Pilongo* se apoderó de la mayor parte del caudal, que consideraba suyo. Y horas después, paso ante paso, el mendigo y la muchacha tomaron el camino de la estación.

Iban solos en un coche de tercera, mirando aún recelosos si por una casualidad la *Roñosa* no les seguía, cuando la niña, sacando de la alforja del ciego un currusco de pan y un duro cacho de queso de Villalón, lo repartió y empezó a comerlo con buenas ganas. Entre bocado y bocado, murmuró:

—Oiga, tío... Hemos hecho pero muy bien en escaparnos. Pa pedir limosna, tanto da estar en Toledo como en Madrid. Y eso de robar, no me entra, vamos, ni me entrará nunca. Parece imposible que a la tía le guste una cosa tan atroz.

El ciego, refunfuñando aún, exclamó:

—No paice sino que es nuevo que esa bruja robe. ¡No paice sino que no te ha robao a tí!

—¡A mí! —gritó la muchacha—. ¿Dice usted que me ha robao a mí? ¿A ver? ¿Cómo es eso?

—Mía, no pensaba icírtelo..., pero ya no tengo por qué guardar contemplaciones a la mala hembra de la ladrona. A ti te robó

cuando estabas con tus padres delante de la ermita de San Antonio. ¡Cía siempre que necesitábamos un chiquillo pa ayuar a la limosna. Te trajo a casa. Al otro día nos vinimos a Toledo. Tenía miedo no se descubriese el pastel.

—¿Y quiénes son mis padres? —suplicó anhelante la niña—. ¡Dígamelo, tío, por la Virgen del Sagrario! ¿Quiénes son?

—Eso es lo que en jamás supimos ni ella ni yo —respondió sinceramente el ciego—. A la cuenta, tus padres se embobaron; te soltaste de su mano y te metiste entre el gentío, que era imponente. Entonces fue cuando la *Roñosa* te acobijó en el mantón, y se escurrió contigo. ¡Hala! No sabe na más, porque como nos largamos de Madrid corriendo, que no se nos veían los pies, no llegó a nuestro conocimiento si se andaba averiguando algo de tu pérdida. La fija es que te habrán buscado, sólo que era, como el que ice, buscar en el pajar la aguja. Y ahora ya..., ¡figúrate! ¿Quién se alcuerta?

Ninita guardaba silencio. Un trabajo de reconstrucción se realizaba en su mente. Con esfuerzos intensos quería recordar, recordar, precisar lo confuso de la impresión, ya casi enteramente borrada de la memoria.

¿Sus padres? ¿Cómo eran? Nada... Unas figuras de niebla, la visión vaga y apenas perceptible de una mujer joven que la acariciaba... Lo único que se le aparecía algo más claro era una cosa que no podía serle útil ni guardaba tal vez la menor relación con su historia. Cerrando los ojos, veía un bulto prolongado, un remedo de figura humana, pero rígido y tieso, y una cara bobalicona, y unos ojos de azul porcelana, y dos cachetes como berenjenas, uno de los cuales ostentaba una mancha negra, que le llegaba a la barbilla. Varias veces, durante los años que había pasado en Toledo, este mismo figurón se le había presentado, ya de noche, cuando soñaba; ya de día, ante el escaparate de una tienda próxima a la catedral, donde se alineaban muñecas finas y ordinarias. Lo que Aparecía tenía más presente, de aquel ya remoto pasado, era la Pepona... ¡Su Pepona!

—Tío —imploró—, deme un buen consejo pa alcontral a mis padres. Si los alcuentro, por toa la vida le querré como hija, y de una peseta que yo tenga, dos reales pa usted. No tenga miedo a ingratiúes.

—Hija, si tú no eres como la raída esa; si tú eres más güena que el pan... Pa encontral a tus padres, haz de este mo: llegarás a Madrí, te presentas en la Comi y te enteras de quiénes hayan preguntao el día tantos del mes del año tantos por una niña que desapareció alante de la ermita de San Antonio. No creo que no hayan quedao noticias.

* * *

No era tan sencillo como indicaba el ciego aquel medio de averiguar quiénes fuesen los padres de la nena. No suelen ser las oficinas un sitio en que fácilmente se esclarezcan las cosas, sobre todo cuando se trata de hechos ya antiguos y que a nadie interesaron. La chica fue o mal recibida o rechazada abiertamente cuando pretendió informarse. La miraban con desconfianza, y hasta a veces con burla. Nadie se acordaba del incidente a que se referían sus investigaciones. ¡Suceden en Madrid tantas cosas! ¡Y habían transcurrido tantos años! ¡Bah! Una mañana, la Aparecía, que dejaba al ciego pidiendo en su acostumbrado puesto, salió de la oficina descorazonada, convencida de que jamás sabría cosa alguna, y, con tan triste persuasión, las lágrimas se agolpaban a sus ojos, corriendo a lo largo de sus atezadas mejillas, sin que se cuidase de secarlas e indiferente a que la viesan llorar, ya que a nadie le importaba en el mundo su dolor.

Un hombre joven, que iba a entrar en las oficinas, se detuvo ante la muchacha, movido, no sabemos si por la curiosidad, si por la compasión. Era un sujeto como de unos veinticinco años, no muy bien trajeado, desmedrado y de mal color, pero de fisonomía alegre e inteligente. Redactor de un periódico de noticias, venía a ejercer su oficio, y el instinto de la información le llevaba a interrogar a aquella niña, de hermosura disimulada por lo humilde de la vestimenta y el desaliño del peinado.

—¿Qué te pasa, preciosa? —interrogó con cordialidad—. ¿Te ha ocurrido alguna desgracia?

Un impulso repentino, la fuerza del desamparo, que lleva a agarrarse hasta a las ramas rompedizas, movió a Niní a asirse a lo primero que encontraba.

—Me pasan —dijo— muchísimas cosas... ¡Por amor de Dios, ayúeme, señorito!

—Anda —contestó alegremente el mozo—, vente conmigo, te convido a una taza de café con tostada de abajo... Ven sin miedo, que no me como a las niñas guapas.

Ante la mesa del café, mientras ensopaba la media tostada, el periodista, cuyo nombre era Miguel Muro, cambió de opinión respecto a su protegida. Había supuesto a las primeras de cambio que la causa de sus lágrimas fuese algo amoroso, y con sorpresa comprobaba que era cuestión de otro género, al saber que la niña buscaba a sus padres, a los cuales había sido robada.

El asunto se prestaba a una información sabrosa y emocionante en el periódico; pero Miguel pensó, y con razón que la publicidad comprometería el resultado de las gestiones que interesaban a la niña. Un movimiento de su corazón le impulsaba a protegerla eficazmente. No era él ningún personaje; pero, sin serlo, tenía en su mano hacer una buena obra, y pareciéndole que la chiquilla no estaba ni manchada por el vicio, ni era una profesional de la mentira, propuso en su corazón ampararla, y al mismo tiempo servirse de su historia para una novela interesante.

—Vuelve conmigo —le dijo— a la Comisaría. Vas a saber lo que tanto te importa.

Una sonrisa brilló entre las lágrimas de la niña, y, como si fuese el perrillo *Peral*, echó detrás del que, con un solo rasgo de bondad, la devolvía la esperanza. El periodista se metió como Perico por su casa por las oficinas. Todo el mundo le conocía; en busca de noticias, había fumado allí mucho cigarrillo. Y a la media hora de investigación, encontraba la fecha exacta, los nombres y las señas de los padres de la Aparecía.

Salió loco de júbilo. La idea de haber podido hacer un bien tan grande sin molestarse apenas le electrizaba. Su imaginación de literato pintaba la escena que iba a presenciar, y que al otro día, en el periódico, provocaría explosiones de ternura: la criatura devuelta a sus padres, el reconocimiento, el grito, el delirante abrazo y la pobre mendiguilla convertida en distinguida damisela, dueña de una posición, de una familia... Fue la interesada la que empezó a aguarle el vino.

—Oigasté, señorito... Pua ser que mis papás se haigan muerto, ¿no? ¿Y pua ser que se haigan dío de Madrí?

Él tranquilizó a su protegida. No se muere la gente así como así. Tampoco se larga la gente cuando tiene un comercio establecido, ¡qué diablo!

Naturalmente, se dirigieron primero a la calle en que existió la tendezuela de Pablo Hoces. Nadie recordaba ya cuándo había sido eso, ni adónde se habían mudado los dueños del establecimiento de quincalla. No por eso desmayó Miguel. Tenía el nombre, y por el hilo sacaría el ovillo. En efecto, consultando en un café el Anuario, halló presto la ferretería de Hoces y Garriga, asociados. Allá se dirigieron la niña y su improvisado protector.

No les fue fácil tampoco, en los primeros momentos ponerse al habla con el dueño de la lujosa tienda, que una vez más había sido ensanchada, decorada y surtida con esplendor, y tenía ocho dependientes, atareados y mucho mejor vestidos que Miguel. El modesto ferretero de antaño era ahora el señor don Pablo Hoces, cuentacorrentista de varios bancos, vicepresidente de la Cámara de Comercio, dueño de tres casas en Madrid y padre de una niña encantadora, Palomita Hoces, que tenía así de «coqueros».

Cuando lograron el periodista y la Aparecía ser admitidos a la presencia de don Pablo, al explicar el objeto de su visita, en vez de aquella dramática escena que soñara Miguel, Hoces se limitó a fruncir el ceño y a clavar en la muchacha una mirada inquisidora.

—¿Dice usted que...?

Ahogada en lágrimas, temblando, la pobrecilla contó la historia, tal cual se la había referido el ciego. A cada palabra se nublabla más la fisonomía del rico industrial. Ya otra vez le habían traído una niña cualquiera del arroyo, afirmando que era la suya, la que todavía lloraba Rosario. Y se trataba sencillamente de un timo, organizado por un vividor que había sido antaño dependiente de su tienda, y la chiquilla una hospiciiana. Hoces miraba con honda desconfianza a la Aparecía, y con igual severidad a aquel periodista de desteñida ropa que pretendía imponer, en una familia digna, a una criatura del arroyo. Toda aquella

historia, en que figuraban un ciego mendigo, una mujer ladrona, un papeluchista, era turbia y equívoca hasta lo sumo.

—Bien, ustedes aseguran que esta muchacha es la que nos ha sido robada hace dieciocho años... Ustedes comprenderán que una cosa tan importante no puede aceptarse sin examinarla mucho, sin informarse debidamente. Ha pasado tanto tiempo, que los informes no se harán sino despacio, y con mucha calma y seguridad, para no errar en esta indagatoria. Hay un medio de esclarecer el asunto, y es que, una vez que viven los culpables del delito, se les denuncie a la autoridad; la prescripción no existe todavía; se abre una sumaria, se les prende, y tendrá que saberse si han cometido el delito en efecto.

A las palabras de Hoces siguieron ya carcajada del periodista y una explosión de sollozos de la joven.

Ella sollozaba porque no quería enviar a la cárcel a sus «tíos», a la misma *Roñosa*, tan mala como Dios la había hecho, y el periodista reía del candor de Hoces. ¡Aclarar algo la autoridad!

* * *

Los sollozos de la Aparecía ablandaron un poco al industrial. Tuvo un movimiento de piedad hacia aquella muchacha que pudiera..., que pudiera... La miró atentamente, y encontró que, bajo la pátina popular, tenía rasgos de belleza y hasta de pureza y honradez. La dirigió la palabra en tono un poco menos rígido:

—No se aflija usted... ¿Quiere un vaso de agua para tranquilizarse? Nadie la acusa de nada...

Ella se serenó. Su fuerza de ánimo la permitió responder con voz casi tranquila:

—Muchísimas gracias, señor. Me he afligido porque hablé usted de prender a mis tíos, que al fin han sido mi única familia, y si no es por ellos, de hambre me hubí muerto por ahí, sobre los gujarros e la calle. Ya sé yo que no hicieron bien en robarme, y que ustedes habrán pasao mucho isgusto; pero con eso y con to, el pan suyo he comío, y sentiría que por mi causa les viniese tanto mal. Si usted no quie reconocerme por su hija, allá usted y su con-

encia; sólo le pío una cosa: quisiá ver a mi madre, aunque sólo fuese unos minutos. Y si tampoco me reconoce ella, a pedir limosna me volveré. Estará de Dios... No hay que hacerle.

Cuando pronunciaba estas palabras de resignación, se abrió la puerta del despacho y apareció en el umbral una figura gentil, una muchacha vestida de claro, con una piel fina y rica al cuello.

—Papá —gritó con viveza, dirigiéndose a don Pablo—, telefo-nea al padrino Garriga que tiene el palco para Apolo...

Se interrumpió, fijándose en que había allí gente desconocida. La Aparecía la miraba intensamente, pensando en que la linda señorita era... su propia hermana. El periodista se había puesto en pie, saludando.

Hoces, sin contestar directamente, grave y malhumorado, articuló:

—¿Está tu madre en disposición de recibir?

—Se queja, como siempre... Pero a mí me parece que hoy se encuentra mejor, papaíto.

—Pues vete allá y dila que... No, espera. Voy yo delante. Tú retírate, hija mía.

El periodista entonces murmuró:

—Señor Hoces, yo creo que estoy ya de más en este sitio. Son graves cuestiones de familia, y no tengo por qué intervenir en ellas. De puertas afuera, si esta pobre criatura me necesitase, haré lo posible en su favor. Pero aquí no tendría explicación mi presencia. Miguel Muro, para servir a usted; redactor de *La Actividad*...

—Le ruego —contestó Hoces— que venga..., una vez que ha intervenido usted en la cuestión. Esto será cosa breve, sin duda.

Y echó a andar rápidamente, dirigiéndose a las habitaciones de Rosario, que se encontraba medio echada en su butacón.

—Rosarito —le dijo—, no te sobresaltes, no te preocupes demasiado. Ahí está una muchacha que se dice hija nuestra. Lo más probable será que se trate de alguna farsa, como aquella que nos quiso representar nuestro antiguo dependiente. Viene acompañada de un periodista; pero ya sabes que no hay que hacerles caso. Quiere la chica a toda costa hablar contigo. Dame palabra de no emocionarte poco ni mucho.

Rosario acababa de erguirse en el sillón, con la respiración agitada y el rostro encendido.

—Ya me pesa de haberte traído semejante recado... Debí dar despachaderas a la chica, sin decirte nada.

—No, Pablo, por Dios, no hables así —suplicó la madre. Sabes que yo no pierdo ni perderé la esperanza nunca... Es imposible que con tantos ofrecimientos como tengo hechos a la Virgen no me conceda, un día u otro, que abrace a la hija de mi corazón. No hay que desconfiar nunca... Que venga esa joven. ¿Cómo es? ¿Es bonita?

—Pchs... No es fea. Muy quemada del sol.

—¡Desdichada! ¡Sabe Dios lo que habrá penado! Hazla entrar inmediatamente.

Cinco minutos después, la Aparecía estaba sentada en una silla, frente a Rosario. Temblaba con todos sus miembros, y le parecía que su garganta era de palo, que no tenía saliva suficiente para romper a hablar. Aquella señora tan guapa, tan bien vestida, con aquella cadena de oro y aquellos pendientes de brillantes, era su madre. ¡Su madre! No había sentido ni la mitad de impresión al encontrarse ante su padre. Y es que ahora, a su emoción propia, otra emoción respondía, y aquella amarga desconfianza con que acababa de tropezar en el despacho de Hoces se había convertido en ardiente y simpático interés.

—Acérquese usted más —dijo la señora—. Dígame: ¿por qué cree ser.... cree ser...?

—¡Su hija! —tartamudeó la muchacha—. Sí, señora; no es que lo creo. Segura estoy de ello como de que hay sol.

—¿Y cómo... ha llegado usted a formarse esa idea?

—¡Ay señora! —contestó la niña, con otro nudo más apretado en la garganta, pero dominándose—. Usté dirá... Mi tío, el ciego, el que me ha servío de padre, como el otro que dice, me lo ha contaó con toas las señales de la purisma verdá. Que ustés estaban lante de la ermita de San Antonio de la Florida. Que había mucho gentío, to agolpao. Que ustés me soltaron de la mano un instante, y que yo, cosas de chiquillos, me aparté de ustés y me perdí entre la baraúnda. Y entonces la *Roñosa* me acobijó en el mantón, y se largó connmigo, y aluego, pa que no

me encontrasen, me llevó a Toledo, y allí hemos vivió sinfinidá de años, y yo ayudaba al ciego a pedir limosna, porque para eso me robaron, pa que sirviese de lazarillo.

Rosario, según hablaba la muchacha, se enfriaba un poco en su primer ilusión. Sin acertar a explicarse la causa, encontraba sospechoso el relato. ¿Por qué aquel ciego, tras de tantos años de callar, de pronto había roto su silencio?

Contribuía a desilusionar a la señora de Hoces el fondo popular en que se desenvolvía la historia. Su espíritu mesocrático veía negruras en capas tan inferiores, tan humildes. Aquella muchacha había vivido entre mendigos y hampones; había tendido la mano para recoger la moneda de cobre de la caridad callejera; sabe Dios qué rozamientos habría sufrido y qué contactos habría determinado la miseria en aquella juventud. La distancia social se acrecentaba, y la duda y el recelo se hacían invencibles. Aquella chica, vestida de un percal deslucido por tantos lavados, calzada con unos zapatos de lona que sujetaban al pie cintajos azules, no podía ser su hija; ¡qué dislate!

—Y vamos a ver —pronunció con precaución—, vamos a ver. ¿Usted recuerda algo que pruebe que es usted la niña que nos robaron? Cuando ha visto usted a mi marido, a mí..., ¿ha acudido a su memoria algún recuerdo? ¿Le pareció a usted que nos conocía?

Vaciló un instante; pero era franca y contestó categóricamente:

—No, señora. No me pareció na. Yo no la conozco ni a su señor esposo. Ésta es la verdá como que nos hemos de morir. Yo la podía a usted decir otra cosa...; pero amos, ésta es la verdá.

—¿Ni siquiera hace usted memoria de cómo la llamábamos?
—¡Quia! No, señora. Mis tíos me llamaron siempre Aparecía.

* * *

Al expresarse así la muchacha, Rosario, con desaliento, se levantó trabajosamente, como dando por terminada la entrevista, y murmuró, dirigiéndose a su marido:

—Pablo, deseo que esta niña sea atendida, y que le des para que se compre ropa. Quédate con sus señas...

La muchacha, al oír tal, se levantó también, y con profunda tristeza rogó:

—¡Señora, misté que soy su hija! ¡Misté que en ley e Dios tie que abrirme los brazos! No vengo por cudicia de inero, señora. ¡Vengo porque quien tie padres, natural es que pida un abrazo e sus padres, señora!

Y como Rosario extendiese hacia delante los brazos, no para abrazar, sino para distanciar a la implorante, Pablo intervino:

—Vamos, niña, tenga un poco de calma. Le prometemos que vamos a informarnos muy bien y a averiguar todo cuanto se refiere a lo que usted nos dice. El señor de Muro nos ayudará a enterarnos. Pero ahora, de pronto, no es posible que le demos otra contestación... Retírese, criatura, y ya la avisaremos a sus señas cuando tengamos algo que comunicarle.

La Aparecía siguió llorando... En el mismo instante entró, sin previo anuncio, Garriga, que gozaba en aquella casa fueros de confianza. Traía en la mano el talón del ofrecido palco de Apolo.

Al ver a aquella muchacha tan pobremente vestida, deshecha en llanto, se paró, y como nadie le dijese palabra y todos permaneciesen en la embarazosa actitud que tenían, el lonjista se acercó a la criatura y preguntó, con brusca cordialidad:

—Pero ¿qué te sucede, chica? ¿Por qué lloras con tanto desconsuelo? ¡Y es bonita la infeliz!

—¡Lloro, señor, porque no quie darme un abrazo mi madre! ¡Mi madre, que es esta señora, y mi padre, que es este señor! ¡No me quien abrazar!

—Pero ¿qué dice esta joven? —interrogó Garriga, que no ignoraba la historia de la niña perdida, y la recordaba entonces con viveza—. ¿Es aquella que os robaron, Pablo? ¿Es positivo?

—No hay ninguna prueba, ninguna —contestó Pablo fríamente, cada vez más opuesto a la hipótesis de la aparición, que perturbaba la paz de su vida, y que acarreaba para Rosario una preocupación profunda, removiendo las cenizas de los pasados dolores—. No hay ninguna prueba, compadre, y usted recordará el timo de que estuvimos a punto de ser víctimas hará ocho años. Una cosa tan seria no puede creerse sin más ni más. Ya le

estoy diciendo a esta joven que se retire y tenga paciencia, mientras hago mis averiguaciones en Toledo y aquí. Vamos, hija, consuélese, que le prometo que la protegeremos en cuanto de nosotros dependa.

Entonces la Aparecía se encaró fieramente con Pablo:

—Si yo no pío na, no pío na, no pío cuartos, ea, sino mi madre y mi padre.

Garriga, ya conmovido, con arranque irresistible de su generoso corazón, se acercó a la muchacha:

—¡Vamos a ver, hermosa, tú dices que estos señores son tu papá y tu mamá! ¿No es eso? ¿Por qué lo dices? ¿Te acuerdas tú de haberles visto nunca? ¿Se acuerdan ellos de ti?

—No tiene el menor recuerdo; ella misma lo confiesa —se apresuró a decir Pablo.

—No, señor... Eso es mu cierto... No me acuerdo de na... Era yo así cuando me robaron lante San Antonio de la Floría.

Y al confesar su impotencia para alegar prueba alguna, la niña rompió a sollozar otra vez, con infinita amargura mientras Garriga, paternal, le secaba las lágrimas con su pañuelo.

—Ea, preciosa, haz memoria... ¿No te acuerdas de algo que te dijesen tus papás? ¿No te acuerdas de cómo te llamaban, pongo por caso?

—¡No, no! —repitió acongojada—. ¡Yo no quio mentir! ¡No recuerdo!

—Me da mucha lástima esta chica —declaró Garriga, acariciando el negro y rizado pelo de la muchacha—. Si no es hija de ustés, será mía, o cosa por el estilo. Yo la recojo. Na le ha de faltar. Anda, no te aflijas, rica. En mi casa tienes la tuya.

—Usté es mu güeño —gimoteó la niña—; pero yo quio sólo que me arreojan mis padres que de obligación lo tienen. Sí señores; de obligación pa que ustés lo sepan. Lo que hacen conmigo no es ley de Dios. Volveré a pedir limosna y ustés no dormirán tranquilos ni sola una noche ¡porque han dejao a su hija en el arroyo!

Pablo encolerizado iba a poner fin a la escena despidiendo definitivamente a la muchacha cuando ésta, apretando los dedos contra el cráneo como si quisiese exprimir gotas de memoria gritó:

—¿Que me alcuerde icen ustés? ¡Pues me alcuerdo vaya que sí de una cosa! ¡Cuando estaba con ustés yo tenía una muñeca mu grande con los carrillos mu coloraos! ¡De esto me alcuerdo como si lo estuviá viendo! ¡Una muñeca que casi alzaba más que yo!

Rosario pálida y con los ojos desmesuradamente abiertos miraba ansiosamente a la muchacha. ¡Aquello era verdad! Y todavía la madre, fiel al culto de amor de la desaparecida, conservaba, con sus ropitas bien dobladas en un cajón especial, y entre otros juguetillos de valor escaso, la muñecaza, la Pepona...

Pablo quiso quitar valor al testimonio y aún manifestó recelo y escepticismo:

—¡Gran cosa...! Todas las chiquillas tienen alguna muñeca así...

La Aparecía seguía clavándose en la frente los dedos, y recogiendo para precisar mejor el detalle.

—Aguárdense ustés... ¡Aquella muñeca tenía un carrillo que no era como el otro! Tenía uno negro, negro que le cogía así...

Y la muchacha señalaba su propio rostro...

La madre seguía mirándola atónita como fuera de sentido...

Y de súbito, en un clamor, en un impulso loco se lanzó hacia ella.

—¡Ninita! ¡Hija hija mía adorada!

Pablo también abría los brazos; pero sin que la muchacha atendiese al ademán. Se estaba hartando de madre comiéndosela literalmente. Garriga, casi más emocionado que Pablo mismo, reía de júbilo. Acabó por lanzarse al pasillo gritando como un desesperado:

—¡Paloma! ¡Paloma! ¡Ven hija mía que aquí tienes a tu hermana!

Y Muro el periodista pensaba:

«¡Qué información!»

Entre los muebles de la casa de Hoces —lujosos y un poco apelmazados— hay una vitrina forrada por más señas de odiosa *peluche* verde donde, desde el día en que la hija fue restituida a sus padres ostenta su fealdad y su ordinariez y su manchado moflete la humilde Pepona. Lo que dice el popular juguete al

alma de Rosario se comprenderá sabiendo que la esposa de Hoces ha recobrado la salud. Tenía hincada una espina de dolor y de eso se hubiese muerto. Ahora vive del licor de alegría, que gracias a la muñecaza, la confortó. Ninita quiso recoger y cuidar al ciego y a *Peral*. De la *Roñosa* se ha olvidado. La novela hará lo mismo.

